

The illustration depicts a man in a black top hat and a dark military-style uniform with gold epaulettes and medals. He is lying in a casket with his hands clasped. The background is a light, textured grey. The entire scene is framed by a dark red border.

Fernando Iwasaki

7.^a edición

Ajuar funerario

Lectulandia

Ajuar funerario es un homenaje a la literatura de terror y a la micronarrativa, porque Fernando Iwasaki ha logrado concentrar en diez o doce líneas todo el escalofrío, la náusea y el desasosiego del género. ¿Es posible que los fantasmas, las pesadillas, los ritos y las supersticiones nos puedan seguir asustando en pleno siglo XXI? Si tiene hijos, insomnios o hipotecas, mejor no lea *Ajuar funerario*.

Lectulandia

Fernando Iwasaki

Ajuar funerario

ePUB v1.2

rosmar71 30.04.12

más libros en lectulandia.com

A Marle, que está de miedo.

“Y porque nuestra razón nos aparta violentamente del abismo por eso nos acercamos a él”

Edgar Allan Poe, *El demonio de la perversidad*

“La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido”

H. P. Lovecraft, *El horror en la literatura*

“No nos une el amor, sino el espanto”

Jorge Luis Borges, *El otro, el mismo*

“Y ahora, abra la boca”
El dentista

Los antiguos peruanos creían que en el otro mundo sus seres queridos echarían en falta los últimos adelantos de la vida precolombina, y por ello les enterraban en gruesos fardos que contenían vestidos, alimentos, vajillas, joyas, mantones y algún garrote, por si acaso. Los arqueólogos, esos aguafiestas del eterno descanso, bautizaron como «ajuar funerario» aquel melancólico menaje, sin saber que así revolucionarían el siempre vivo negocio de las pompas fúnebres. ¿Por qué conformarse con cargadores de librea o un ataúd tallado a mano, si por un pequeño suplemento uno puede lucir alicatado de alhajas en su propio velatorio? Las funerarias de mi país —más pomposas que fúnebres— han rescatado el milenario arte de empedrar difuntos con insignias, medallas, leontinas, collares y cualquier abalorio capaz de conferir la piedad de un obispo, el aplomo de un general o la majestad de un Inca. Más tarde, una vez consumida la capilla ardiente, discretos monosabios recogen la bisutería de la muerte para investir y vestir a otros cadáveres.

Las historias que siguen a continuación quieren tener la brevedad de un escalofrío y la iniquidad de una gema perversa. Perlas turbias, malignos anillos, arras emputecidas... un ajuar funerario de negras y lóbregas bagatelas que brillan oscuras sobre los desechos que roen los gusanos de la imaginación.

F. I. C.
Sevilla, invierno de 1998

DÍA DE DIFUNTOS

CUANDO LLEGUÉ AL tanatorio, encontré a mi madre enlutada en las escaleras.

—Pero mamá, tú estás muerta.

—Tú también, mi niño.

Y nos abrazamos desconsolados.

LA HABITACIÓN MALDITA

LLEGUÉ SIN RESERVA porque para eso soy cliente habitual, pero no quisieron darme la única habitación que les quedaba. A regañadientes me entregaron la llave y se ofrecieron a buscarme una suite en otro hotel de la cadena, mas yo estaba muy cansado y subí sin hacerles caso.

La decoración no era la misma de las otras habitaciones: las paredes estaban llenas de crucifijos y los espejos apenas reflejaban mis movimientos. Recién cuando me eché en la cama reparé en la pintura del techo: un Cristo viejo y enfermo que me miraba sobrecogido. Me dormí con la inexplicable sensación de sentirme amortajado.

Un clavo de frío me despertó, y junto a la cama una mujer de niebla me dijo con infinita tristeza: «¿Por qué has sido tan imprudente? Ahora te quedas tú». Desde entonces sigo esperando que venga otro, para despertarlo con mis dedos de hielo y poder dormir de una vez.

QUE NADIE LAS DESPIERTE

NADA ME PRODUCE más horror que volver a casa de madrugada por cualquiera de esas flamantes autopistas que circunvalan mi ciudad. Los carteles fosforescentes me infunden un sosiego adormilador, y las luces de los coches se disuelven líquidas en la cremosa oscuridad. Me hipnotiza ese veloz resplandor que engulle las líneas blancas de la autovía y me pregunto si acabaré en la cuneta o contra los pilotes que reverberan gelatinosos, casi difuminados por los pinceles de mis párpados.

De pronto pienso en las niñas y me enderezo, me abronco, me pellizco. Ellas desean verme al despertar, y si muero mientras duermen les condenaría a una feroz vigilia de pesadillas. Pero el sueño en la carretera me envuelve con redes sutiles y bostezo como los túneles o cabeceo al viento como las soñolientas adelfas, cuajadas en la insoportable monotonía de las regueras. A lo lejos brilla turbia la ciudad y en la duermevela busco las farolas de mi calle, la luz del portal de casa, la lámpara de mi mesilla de noche...

Ya en la cama me acurruco junto a mis hijas, abrazo sus cuerpecitos tibios y beso sus mejillas como flanes. Entonces me arrasan las lágrimas y estremecido por la inercia de la velocidad me invade una sonámbula sensación de zozobra. Tal vez aún estoy en la autopista, acaso jamás llegué a casa. Y demudado espero hasta el alba porque no quiero despertarlas y que descubran que quien las sueña soy yo.

W. C.

ERA LA PRIMERA gasolinera en varios kilómetros y suspiré agradecido porque los intestinos se me disolvían entre retortijones. Un hombre sin párpados me señaló un corredor devorado por la penumbra y hacía allí caminé de baldosa en baldosa, como un equilibrista que no quiere que el público descubra que lleva las mallas descosidas. En el baño no había espejo ni luz, y el chapoteo de mis pasos delataba dos dedos o tres de un líquido sin nombre. El primer kleenex lo gasté limpiando a ciegas la rueda. Al darme la vuelta pateé algo así como un casco de moto y me senté sujetándome los pantalones para que no se empaparan.

La sensación de alivio y beatitud sólo duró unos segundos porque alguien cerró la puerta con llave desde afuera. Pensé en mi coche y en el ordenador portátil que estaba en el asiento trasero. Pensé en el hombre sin párpados con mis corbatas de seda. En todo eso pensaba cuando un gruñido líquido brotó de las entrañas del alcantarillado.

Sentado en el retrete percibí que algo veloz y delirante subía por las tuberías.

Sus uñas crepitaban metálicas y los sorbos de la criatura eran tan intensos como el chasquido de sus mandíbulas. El segundo kleenex se me cayó en aquel charco espeso.

Me incorporé hacia la puerta sin soltar mis pantalones cuando algo salió del guáter con la potencia de las focas de los circos rusos. Caí de bruces al suelo.

La conciencia del asco era más fuerte que los mordiscos. Con el tercer kleenex me limpié la boca. El casco de moto tenía dos cuencas vacías.

LAS RELIQUIAS

CUANDO LA MADRE Angelines murió, las campanas del convento doblaron mientras un delicado perfume se esparcía por todo el claustro desde su celda. «Son las señales de su santidad», proclamó sobrecogida la madre superiora.

«Nuestro tesoro será descubierto y ahora el populacho vendrá en busca de reliquias y el arzobispo nos quitará su divino cuerpo». Después del santo rosario nos arrodillamos junto a ella. Hasta sus huesos eran dulces.

ANIMUS, FINIBUS

EN LA BIBLIOTECA de Wurzburg monseñor Scheps halló en 1885 los manuscritos de Prisciliano, obispo de Ávila y quemado en la hoguera por hereje. Prisciliano sostenía que Satanás —humillado por Dios— decidió crear una nueva raza a su imagen y semejanza. Un mundo que fuera en sí mismo una blasfemia, un remedo obsceno de la obra divina. Para salvar a esa estirpe maldita Dios envió a su Hijo, quien murió en vano por los pecados de una raza condenada.

Prisciliano fue ejecutado en Tréveris en el 385 después de Cristo. Los teólogos que le condenaron enloquecieron. Mil quinientos años más tarde, monseñor Scheps se suicidó en los jardines de la biblioteca de Wurzburg.

RÉQUIEM POR EL AVE MADRUGADORA

YO NO DESEABA ser enterrado, pues siempre me repugnó la idea de poblar una tumba con la misma mueca. Me entusiasmaba en cambio imaginar que, aún después de la muerte, mi corazón podía seguir latiendo, mis ojos gozando de la belleza y mis riñones esculpiendo filosos cálculos dentro de anónimos cómplices en ese juego irracional y materialista de aferrarse a la vida. Pero tuve la mala suerte de fallecer antes que mi esposa y mis órganos nunca fueron donados, ni mis satisfechos escombros desguazados e incinerados.

No hay mejor coartada para el luto que un cadáver, y en lugar de las ascuas purificadoras sólo tuve flores que al podrirse atrajeron a las primeras moscas y gusanos. Sobre mi lápida ella representó el doloroso ritual de la etiqueta fúnebre, y años más tarde dejó de venir cuando decidió rehacer su vida. No hay mejor afrodisíaco que un cadáver. Después apenas siguieron visitándome mis hijas, hasta que otros muertos las arrebataron de mi lado. Ahora soy un agujero más de este gran queso de cemento.

Me irrita que todos estén tan quietos, larvando en espera de un juicio que nunca llegará. Ahora que puedo salir lo haré con los primeros rayos del sol. Tengo hambre, y me pienso comer al primer pájaro que se acerque.

LA CUEVA

CUANDO ERA NIÑO me encantaba jugar con mis hermanas debajo de las colchas de la cama de mis papás. A veces jugábamos a que era una tienda de campaña y otras nos creíamos que era un iglú en medio del polo, aunque el juego más bonito era el de la cueva. ¡Qué grande era la cama de mis papás! Una vez cogí la linterna de la mesa de noche y le dije a mis hermanas que me iba a explorar el fondo de la cueva. Al principio se reían, después se pusieron nerviosas y terminaron llamándome a gritos. Pero no les hice caso y seguí arrastrándome hasta que dejé de oír sus chillidos. La cueva era enorme y cuando se gastaron las pilas ya fue imposible volver. No sé cuántos años han pasado desde entonces, porque mi pijama ya no me queda y lo tengo que llevar amarrado como Tarzán.

He oído que mamá ha muerto.

LA CASA DE REPOSO

LA MADRE SUPERIORA miró hacia el cielo como buscando una señal divina, y en sus ojos desvelados de oraciones reverberó cristalina una lágrima.

—¿Y dice usted que el viejo profesor se niega a ir a misa, hermana?

—Así es, reverenda. Y maldice y ofende a María Santísima.

—No importa, hermana. Llévelo entonces a dar un paseo por el huerto.

—Sí, reverenda.

—Hermana...

—¿Sí, reverenda?

—Que parezca un accidente.

VIOLENCIA DOMÉSTICA

AUNQUE HACE TIEMPO que no le pego, el condenado de su padre todavía desea venganza. Cuando recién nos casamos jamás me dio miedo porque era un mequetrefe más pendiente de sus libros y otras mariconadas. En esa casa no sabían lo que era un hombre y por eso me tuve que imponer. Cuando estaba vivo era un gusano insignificante, pero ahora me azota y me abofetea. Y encima el condenado se ríe.

LA MUJER DE BLANCO

CUANDO LES CONTÉ que había visto a una señora vestida de blanco vagando entre las lápidas, un helado silencio de almas en pena nos sobrecogió. ¿Por qué seguían volviendo después de tantas bendiciones, conjuros y exorcismos?

Después de todo la mujer de blanco era una aparición amable, siempre con un ramo en los brazos y como flotando a través de la niebla, pero igual nos abalanzamos sobre ella en cuanto pasó delante de la cripta.

Nunca más regresó a dejar flores en el viejo cementerio.

PETER PAN

CADA VEZ QUE hay luna llena yo cierro las ventanas de casa, porque el padre de Mendoza es el hombre lobo y no quiero que se meta en mi cuarto. En verdad no debería asustarme porque el papá de Salazar es Batman y a esas horas debería estar vigilando las calles, pero mejor cierro la ventana porque Merino dice que su padre es Joker, y Joker se la tiene jurada al papá de Salazar.

Todos los papás de mis amigos son superhéroes o villanos famosos, menos mi padre que insiste en que él sólo vende seguros y que no me crea esas tonterías.

Aunque no son tonterías porque el otro día Gómez me dijo que su papá era Tarzán y me enseñó su cuchillo, todo manchado con sangre de leopardo.

A mí me gustaría que mi padre fuese alguien, pero no hay ningún héroe que use corbata y chaqueta de cuadritos. Si yo fuera hijo de Conan, Skywalker o Spiderman, entonces nadie volvería a pegarme en el recreo. Por eso me puse a pensar quién podría ser mi padre.

Un día se quedó frito leyendo el periódico y lo vi todo flaco y largo sobre el sofá, con sus bigotes de mosquetero y sus manos pálidas, blancas blancas como el mármol de la mesa. Entonces corrí a la cocina y saqué el hacha de cortar la carne. Por la ventana entraban la luz de la luna y los aullidos del papá de Mendoza, pero mi padre ya grita más fuerte y parece un pirata de verdad. Que se cuiden Merino, Salazar y Gómez, porque ahora soy el hijo del Capitán Garfio.

EL ÁLBUM

MI PRIMERA COMUNIÓN fue muy bonita: las canciones, los trajes blancos, la iglesia llena de flores y los papás llorando de felicidad. Seguro que si hubiera habido un terremoto en ese instante toda mi clase se habría ido al Cielo. La madre María del Camino nos lo dijo muy seria: después de la primera comunión éramos como ángeles.

Por la tarde me hicieron mi fiesta y comimos dulces, gelatina, gaseosas y alfajores. No hubo piñata, pero sí una torta blanca como la del matrimonio de mi tío Daniel.

Todo lo anoté en mi álbum: cómo se llamaba el obispo, quiénes fueron a mi fiesta y qué regalos me llevaron. Me encanta mi álbum de primera comunión, lleno de cera, de fotos, de cingulos y de las estampas de mis amigos. Aunque la página que más me gusta es la que tiene la hostia pegada.

YA NO QUIERO A MI HERMANO

«CARLITOS ESTÁ AQUÍ», dijo la médium con su voz de drácula, y de pronto se transformó y puso cara de buena. Entonces mamá le hizo muchas preguntas y el espíritu respondía a través de la señora. Seguro que era Carlitos porque sabía dónde estaba el robot y cuántas monedas había en su alcancía, dijo cuál era su postre favorito y también los nombres de sus amigos.

Cuando la médium nos miró haciendo las muecas de Carlitos papá empezó a llorar y mamá le pidió por favor, por favor que no se fuera. Las luces se apagaban y encendían, los cuadros se caían de las paredes y los vasos temblaban sobre la mesa.

Me acuerdo que la señora se desmayó y que una luz atravesó a mamá como en las películas. «Carlitos está aquí», dijo con cara de felicidad.

Desde entonces hemos vuelto a compartir el cuarto y los juguetes, el ordenador y la Play-Station, pero la bicicleta no. Mamá quiere que sea bueno con Carlitos aunque me dé miedo. No me gusta su voz de drácula. Y además huele a vieja.

PABELLÓN DE CÁNCER

AL PRINCIPIO NO entendí por qué me había mandado llamar, pues hacía más de doce años que estábamos divorciados. Nunca quiso aceptar nuestra separación y siempre trató de responsabilizarme de sus penurias, sus desamores, sus amarguras.

Tampoco fue fácil para mí sobreponerme a la soledad. El penetrante olor del hospital me trajo a la memoria otras agonías, otros muertos, otras pesadillas.

En la penumbra de la habitación distinguí el brillo exangüe de sus ojos, y me enfrenté a la mirada líquida de aquel cráneo árido y verdoso, vagamente familiar. ¿Qué puedo hacer por ti?, pregunté tragando saliva. Entonces encendió la luz.

Cualquier semejanza con el rostro que alguna vez amé había desaparecido para siempre, y no tuve más remedio que huir cuando las negras encías de aquella atrocidad insinuaron una perversa sonrisa, pues comprendí que me había llamado para que su recuerdo me acosara mientras viviera.

MONSIEUR LE REVENANT

TODO COMENZÓ VIENDO televisión hasta la medianoche, en uno de esos canales por cable que sólo pasan películas de terror de bajo presupuesto. Luego vinieron el desasosiego y los bares de mala muerte, las borracheras vertiginosas y las cofradías siniestras de la madrugada. Por eso perdí mi trabajo, porque dormía de día hasta resucitar en la noche, insomne y hambriento.

No es fácil convertirse en un trasnochador cuando toda la vida has disfrutado del sol y de los horarios comerciales, pero la noche tiene sus propias leyes y también sus negocios. Así caí en aquella mafia de hombres decadentes y mujeres fatales.

Malditos sean.

Siempre regreso temeroso de las primeras luces del alba para desmoronarme en la cama, donde despierto anochecido y avergonzado sobre vómitos coagulados.

Tengo mala cara. Me veo en el espejo y me provoca llorar. Lo del espejo es mentira.

Lo de los crucifijos también.

DULCES DE CONVENTO

LAS MONJAS TENÍAN prohibido escalar los muros del convento, porque al otro lado estaban sus perros guardianes que eran fieros y bravos como una manada de lobos hambrientos. Pero el huerto del convento era tan bello y sus frutas tan apetitosas, que todos los años surgía un imprudente que escalaba las paredes y moría a dentelladas. Una tarde se nos cayó la pelota dentro del convento y Ernesto y yo la divisamos desde lo alto del muro, al pie de una morera majestuosa. Gritamos, llamamos a las monjitas, silbamos a los perros y lanzamos piedras a través de los negros ventanucos sin cristales. Pero nada. Entonces Ernesto decidió bajar por la morera y me prometió que no tardaría, que lanzaría el balón sobre la muralla y volvería a trepar corriendo.

Yo le vi descender y patear la pelota, y también vi cómo salieron aullando desde una especie de claustro que más parecía una madriguera. Eran negros, crueles y veloces. Mientras corría a la casa para avisarle a papá, pude escuchar sus masticaciones, sus gruñidos como rezos y letanías bestiales. Según la policía las monjitas no oyeron nada, porque estaban merendando al otro lado del convento. Las pobres tenían la boca como ensangrentada por culpa de las moras.

Papá enloqueció y un día saltó el muro armado para acabar con los perros, pero después de una batalla feroz volví a escuchar sus ladridos como carcajadas y el crujido de los huesos en sus mandíbulas. De mi padre apenas quedaron algunos despojos, y encima fue acusado de disparar contra las inocentes monjitas.

Pero esta vez pude verles mejor desde lo alto del muro y no descansaré hasta acabar con esas alimañas. Especialmente con la más gorda, la que se santiguaba mientras comía.

EL LIBRO PROHIBIDO

EN UNA LIBRERÍA electrónica encontré una sección esotérica que llamó mi atención, pues no sólo tenían la primera edición del *Diccionario infernal* del padre Collin de Plancy o el *Malleus Maleficarum* con prólogo de Lord Byron, sino el apócrifo y terrible *Necronomicón* del árabe loco Abdul Al-Hazred. Pensando que sería una antología de historias góticas lo encargué más por romanticismo que por interés. A los tres días me lo llevó a casa un hombre alto y borroso que parecía vendedor de biblias.

Se trataba de un volumen en octavo y encuadernado en una tela que recordaba a las arañas. Lo encontré algo ajado, descolorido en las cubiertas y torturado por los nervios, pero era la edición valenciana de 1610. Un sello de agua indicaba que el ejemplar había pertenecido a la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. «La crisis» — pensé— y me dispuse a disfrutar de mi tesoro.

El libro era una maldición y una blasfemia, pues contenía todas las aberraciones posibles de nuestro tiempo y el anterior. Leí las revelaciones de la *Clavícula de Salomón*, los hechizos del *Kitab-al-Uhud* y las profecías del papiro de Leyden. Conocí la genealogía atroz de los primigenios: Azathot, Cthulhu, Nyarlathotep y Yog-Sothoth. Descubrí razas malditas que habitan en las profundidades marinas, que supuran en las esquinas sucias de nuestras casas y que aguardan una señal de guerra en el abismo de los espejos. Pero lo peor era el libro en sí: no tenía fin, no tenía comienzo, la numeración era delirante y las páginas que pasaba no volvían a aparecer.

Después de varios días de insomnio encontré unos folios garrapateados con letra menuda y temblorosa. Era un índice alfabético de las miles de ilustraciones de aquel libro infinito, acaso abandonado por algún lector enloquecido y aterrorizado.

Hice una hoguera en el jardín y arrojé esa monstruosidad a las llamas. Lleva meses ardiendo. Quizás sea la señal que espera Yog-Sothoth.

DULCE COMPAÑÍA

NO QUERÍA CASTIGAR al niño, pero fue inevitable. No sólo mintió sino que además me amenazó. Desde entonces está raro. No habla, no juega y no quiere que lo bese. Me da miedo cómo mira, la forma en que come, las cosas que canta. Esta mañana salí al jardín y en un paquetito que estaba junto a unas velas negras encontré uñas cortadas, sobras de comida y una foto carné mía. No he querido llamarle la atención de nuevo, pero lleva encerrado en su cuarto desde anoche. He subido las escaleras y he sentido escalofríos, un olor extraño y unas sombras huidizas. El niño habla con alguien y sigue cantando esas canciones horribles. Le pido que me hable y me insulta y se ríe. No tengo más remedio que abrir la puerta.

LOS VISITANTES

ENTERADOS DE QUE en mi vieja casona tenía un cuarto de huéspedes, de todos lados del mundo llegaban gorriones para quedarse y disfrutar de las procesiones, verbenas, ferias y romerías de la ciudad. Y como estropeaban los muebles, saqueaban la despensa y se bebían mi whisky, un día mandé colocar un azulejo ténebre y barroco:

En esta habitación fueron degollados más de cien niños a manos de la secta de los Trajanos, adoradores del diablo que fueron enviados a la hoguera en el Auto de Fe de 1617. Los inquisidores de la ciudad mandaron grabar esta lápida para perpetua reprobación de sus crímenes. Lavs Deo

Al principio me divertí contemplando cómo huían despavoridos, pero tras ellos se fueron los criados, los amigos y hasta los vecinos. Yo fui el último en marcharme, cuando el jesuita rumano me dijo que no había nada que hacer. Estropeaban los muebles, saqueaban la despensa y se bebían mi whisky.

EL BIBLIÓFILO

DURANTE EL VELORIO del decano me dediqué a curiosear por sus estanterías.

Aquel hombre tenía maravillas, ediciones agotadas y curiosas, libros que jamás poseería. ¿Qué haría la viuda con su biblioteca? Donarla, venderla o tirarla. Seguro.

Por eso aguardé al momento preciso para embolsarme un volumen de su valiosa colección de crónicas de Indias.

Aquella noche no pude dormir y desperté sudando y sobrecogido. El decano estaba sentado a los pies de mi cama, mirándome con angustia y ferocidad. A primera hora de la mañana quise ir a su casa para devolver el libro, pero era el entierro y no tuve más remedio que enfrentarme a su espectro una noche más. Me desperté cubierto de polvo y tenía los labios azules.

Ojeroso, demacrado y lívido, corrí al día siguiente a su vieja casona. La viuda también tenía mala cara, pero cuando le dije que venía a entregarle un libro que su marido me había prestado, una luz de enloquecida maldad reverberó en sus ojeras:

«Ése es su problema, joven». Y me cerró la puerta.

Su traje parecía cubierto de polvo y tenía los labios azules.

EL MONSTRUO DE LA LAGUNA VERDE

COMENZÓ CON UN grano. Me lo reventé, pero al otro día tenía tres. Como no soporto los granos me los reventé también, pero al día siguiente ya eran diez. Y así continué mi labor de autodestrucción. En una semana mi cara era una cordillera de granos, pequeñas montañas nevadas de pus, minúsculos volcanes en podrida erupción. Los granos de los párpados no me dejaban ver y los que tenía dentro de la nariz me dolían al respirar. Pero seguí reventándolos con minuciosa obsesión. No me di cuenta de que me habían saltado a los dedos y a las palmas de las manos hasta que sentí ese dolor penetrante en las yemas. La infección se había esparcido por todo mi cuerpo y los granos crecían como hongos por mi espalda, las ingles y mi pubis. Si cerraba los brazos se reventaban los granos de mis axilas. Un día no pude más. Me miré al espejo por última vez y dejé sobre la mesa del comedor mi carné de identidad.

Después me perdí en la laguna.

LA CASA DE MUÑECAS

LA COMPRÉ EN una tienda de antigüedades porque me fascinó su desmesurada ambición por la miniatura. Cada habitación era de una riqueza maniática, pues en los baños se veían los tubos abiertos de pasta de dientes, sobre las mesas se deshojaban cuadernos garabateados con letras minúsculas y en la cocina distinguí una alacena colmada de botes y conservas con etiquetas miniadas por un artista demente. Pero lo más asombroso fue descubrir otra casa de muñecas dentro de la casa de muñecas, minuciosamente decorada como una pesadilla. Lo único que me chocaba era la infinita tristeza de las figuras que la habitaban. Me la llevé a casa y la instalé en mi dormitorio, sobre la mesa de caoba maciza.

Aquella noche me despertó una luz asmática y di un salto tremendo cuando advertí que el resplandor provenía de la casa de muñecas. Corrí hasta la mesa de caoba y contemplé aterrado cómo brillaba el interior de la diminuta casa de muñecas que estaba dentro de la casa de muñecas, mientras todas las figuras de la casa corrían hacia la habitación maldita. No me di cuenta cuando entraron en mi cuarto.

La policía ha levantado el cadáver y busca en vano pistas por el suelo. Sin embargo, nadie ha reparado en la nueva habitación de la casa de muñecas. La figura no me hace justicia, pero la mesa de caoba es igualita.

NO HAY QUE HABLAR CON EXTRAÑOS

Así ME DECÍA siempre mamá, pero Agustín no era un extraño porque todos los días me ofrecía caramelos a la salida del colegio. Además, cada vez que me llevaba a su taller me regalaba muñecas. Muy bueno era Agustín, me hacía cariñitos.

Mamá me contaba historias bien feas de niñas que se perdían porque se las robaban las gitanas o el hombre de la bolsa. Yo sabía que las gitanas se llevaban a las niñas para obligarlas a vender flores, pero nunca supe qué te hacía el hombre de la bolsa. Con Agustín yo juego a que me toca y yo lo toco, y siempre gano pues al final no se puede aguantar. Mamá es una miedosa porque dice que si hablo con extraños seguro que no me vuelve a ver.

En el taller de Agustín hay muchas cosas que cortan y queman y pinchan.

También tiene un avión desarmado que un día servirá para volar e irnos de viaje. Por eso me puso el pañuelo mágico en la nariz, porque los aviones marean y tengo que acostumbrarme. Después ya no me acuerdo de nada: una colonia bien fuerte, un sueño como regresando de la playa y muchas cosas que cortan y queman y pinchan.

A veces salgo del taller de Agustín y vuelvo al colegio porque ahora nadie me llama la atención. Me gusta hacer lo que quiero y caminar de noche, pero me da pena mamá, siempre mirando triste por la ventana. Le hablo y no me hace caso y entonces vuelvo al taller con mis juguetes de niebla. Seguro que si Agustín no fuera un extraño mamá me volvería a ver.

DEL APÓCRIFO EVANGELIO DE SAN PEDRO (IV, 1-3)

«SALIÓ DE BETANIA el Señor en dirección a Jerusalén, víspera de Pascua, mientras una multitud de judíos rodeaba la casa de Marta y María por ver a Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos. Pero Lázaro sufría en silencio y nunca habló de lo que vio durante los cuatro días y cuatro noches que estuvo con Abraham en su seno, aunque sus hermanas sabían que no dormía ni comía. Y estando Judas Iscariote recogiendo la esencia de nardos que quedó después de ungir los pies del Señor, fue llamado por Lázaro, quien le dio treinta monedas de oro. Y entonces Judas partió a Jerusalén».

HASTA EN LA SOPA

COMENZARON CON LOS cubiertos. Yo los colocaba con mucho cuidado y de pronto los guardaban o me los cambiaban de sitio. Luego fueron las copas. La del agua a la derecha de la del vino. Pero nada. En cuanto me descuidaba, todo desordenado. Por eso decidí sorprenderlos cuando sacaron la vieja vajilla. Fue una pena. Si hubiera sido la azucarera no me hubiera importado tanto, pero mi cabeza sólo entraba en la sopera.

No han vuelto a poner la mesa.

EL MILAGRO MALDITO

MI MADRE ES una mujer devota y piadosa que no merecía un hijo como yo. Todo el bien que ella les hacía generosa a los demás, yo lo destruía y profanaba. Y si ella era pura y temerosa de Dios, yo era blasfemo y pecador hasta la náusea. Pero Él en su infinita bondad ha vuelto a escuchar las plegarias de mi madre y otra vez ha unido mi alma con mi cuerpo. Quiero moverme y no puedo, trato de arañar la madera y me resulta imposible, intento gritar y sólo consigo que una turba de gusanos descienda por mis entrañas podridas. Y lo peor es que seguirá rezando y pidiendo siempre el mismo milagro, porque Dios me ha castigado con una madre santa.

ÚLTIMA ESCENA

AL FIN LOS de la aldea decidieron matar al monstruo. No quisieron creerme cuando las ovejas de la viuda del molinero amanecieron degolladas. Recuerdo sus cuerpos esponjosos, abiertos como granadas y barnizados de luna. Luego vino la matanza de los establos comunales, garañones abiertos en canal y una repugnante sensación de sangre y moscas en la boca. El alcalde insistía en organizar batidas contra los lobos, mas yo sabía que ellos no habían sido. Pensaron que estaba ebrio, perturbado, enloquecido. Tampoco me hicieron caso cuando la bestia despedazó a los mendigos y pedigüños de la villa, ni cuando hallaron en el arroyo los despojos del sacristán, un hombre innecesario. Con los niños fue distinto: cada muerte socavó la confianza en las autoridades y la necesidad de venganza les conminó a creerme.

Por eso han venido trayendo antorchas y lazos, garrotes y hoces, para emboscar la aparición del monstruo. Les pido que aguarden la luna llena y escucho las maldiciones apagadas. Tal vez sigan dudando. Los veo tan asustados restregando sus armas, que no los imagino destrozando a la criatura. Cuando la luna esté en lo alto, me pregunto cuál de ellos me atacará primero.

LA SOLEDAD

ABUELA ME DIJO que no despertara a mis padres, me quitó el pijama y me puso el trajecito de organza, el que más me gustaba. Mientras me peinaba me pidió que rezara tres padrenuestros, pero no me hizo coletas sino un moño de señora.

«Porque ya eres mayor», me abrazó, y se olvidó de decirme si estaba guapa. Después de la misa me cambió de ropa y me mandó a jugar. Había muchas flores.

HAY QUE BENDECIR LA CASA

CUANDO NOS MUDAMOS comenzaron a pasar cosas muy raras: las cosas se movían solas, las luces se encendían y apagaban y alguien lloraba de noche, como los gatos recién nacidos. Como mamá era muy religiosa llevó al padre Bruno a bendecir la casa, pero después de una semana de tranquilidad el fantasma se volvió agresivo: nos rompía los cuadernos o nos manchaba los libros, y los profesores del colegio no nos creían. Entonces el padre Bruno le dijo a mamá que nos fuéramos donde mi tía Nati para poder bendecir la casa de noche. Todo era muy raro, porque el padre Bruno se vistió como si fuera a dar una misa. Al día siguiente lo encontramos llorando y entre sollozos nos dijo que teníamos que mudarnos. Han pasado muchos años y la casa sigue vacía. El padre Bruno ya no es cura y cuando se emborracha dice cosas horribles.

EL HORROR EN LOS SUEÑOS

HAY PESADILLAS QUE nunca nos abandonan y que envejecen con nosotros, añadiéndole al terror primigenio los temores de la edad, las heridas del amor y el dolor de la experiencia. De niño soñaba que me seguía un hombre con las manos en los bolsillos y que esas manos delataban su naturaleza monstruosa: patas de pollo, dedos de lombrices o hierros retorcidos. Con los años aquel hombre ha cambiado muchas veces de rostro, espantándome de nuevo con su horror antiguo. Otra pesadilla es la de la mujer que se ríe bajo la máscara china. De niño me aterraba ignorar quién era y ya de mayor me inquieta sospechar quién es. Pero la peor es la del leproso: cuando era niño descendía a la cueva para ayudar a Ben-Hur a encontrar a su madre, temiendo en realidad descubrir a la mía. Ahora en mis sueños le pido a Judá Ben-Hur que baje solo, porque sé que mi madre se pudre ahí abajo y no deseo que salga.

LA MUCHACHA NUEVA

NINGUNO DE NOSOTROS quería que viniera la muchacha nueva. Todas son iguales. Todas nos cuentan historias espeluznantes cuando papá y mamá salen. Todas nos clavan los alfileres del miedo en los ojos desvelados.

Luzmila decía que sus amigas del orfanato eran malísimas. A una la abofeteó el diablo, a otra la perseguían almas en pena y hasta hubo alguna que no podía comulgar porque la hostia se le incendiaba antes de recibirla. Nosotros rezamos para que la botaran y entonces vino Juvencia. Juvencia había nacido en las montañas, donde las brujas roban a los niños para hervirlos en ollas negras y donde hay fantasmas que provocan vómitos de sangre a quienes rozan con sus cuerpos de telarañas. A Juvencia la acusamos y así llegó la Guillermina. Guillermina era mala porque desenterraba muertos para robarles los dientes y preparar sus venenos. En su cajón tenía los muñecos de todos nosotros para ahorcarnos en cualquier momento y una noche la vimos invocar al diablo con una calavera. Mamá nunca supo cómo desapareció y a nosotros nos daba miedo decirle la verdad.

Esta noche nos quedaremos solos y la muchacha nueva nos ha amenazado con sus historias, pero no la vamos a escuchar. Todavía tenemos la calavera y le pediremos al diablo que también se la lleve.

LA SILLA ELÉCTRICA

CUANDO ME COMUNICARON la fecha funesta se apoderó de mí la angustia de los sentenciados, y desde entonces sólo pienso en el dolor, el ruido y la luz. Si el trámite fuera indoloro miraría desafiante a mi verdugo, pero el pánico me paralizará cuando contemple la obscena exhibición de sus instrumentos de tortura. Por eso debo conservar la escasa dignidad que me queda, porque no quiero que los demás condenados se consuelen con mi cobardía. ¿Qué importa lo que ocurra una vez que me siente en la silla maldita? Podré llorar, podré maldecir y hasta cagarme en la silla de los cojones, porque esos matarifes son muy escrupulosos con la limpieza. Pero en el corredor de la muerte no puedo permitirme ser débil, ya que aunque nos miremos distantes de reojo, por dentro todos pensamos en el dolor, el ruido y la luz. Tengo miedo, quiero huir y hago secretos propósitos de enmienda, pero todo es inútil porque dentro de un año estaré de nuevo aquí: en la consulta del dentista.

DE INCORRUPTIS

LAS MONJAS FUERON a la cripta en procesión, cantando la Salve bajo la luz de la luna. Siguiendo la costumbre, quienes abrieron el nicho fueron las donadas y tres novicias robustas destaparon el ataúd. Las donadas cayeron primero y una de las tres novicias quedó herida de muerte, pero entre todas pudieron con ella y la madre superiora recitó la maldición. Antes de sepultarla de nuevo le quemaron el pelo con una antorcha. Y se fueron en procesión, cantando la Salve a la luz de la luna.

LOS ÁNGELES DORMIDOS

EN UNA LIBRERÍA de viejo adquirí una caja de antiguas placas de magnesio de un fotógrafo rural, donde abundaban los retratos de niños muertos, repeinados y vestidos de domingo por unos padres arrasados de dolor. Morían los niños en los pueblos y los padres mandaban buscar al fotógrafo para tener un recuerdo que llorar, otra imagen para rezar. Y mientras el artista llegaba andando o a caballo, alguien vestía y peinaba a los niños como si hubieran sido invitados a un cumpleaños triste, amortajados de encajes y almidones. Para sus padres sólo eran ángeles dormidos, pero aquí en mi apartamento siempre serán niños muertos. Y lloran todas las noches.

EL CUARTO OSCURO

HACE POCO TUVE una pesadilla terrible. Soñé que la madre Dolores me ponía unas cuentas larguísimas que nunca me salían. Sumaba una columna y me olvidaba cuánto llevaba, y tenía que empezar de nuevo y los ojos de la madre Dolores se ponían rojos como los de los monstruos de los dibujos. Como me puse a llorar la madre me cogió de las orejas y con su carcajada de bruja me encerró en el cuarto oscuro hasta el día siguiente.

Mi esposa no me cree y quiere saber dónde estuve toda la noche.

FAMILIA NUMEROSA

EL VIERNES PASADO se me hizo tarde en la oficina y decidí comprar algo de postre para aplacar a la tribu, pues a mi familia siempre le revienta que llegue a almorzar después de las tres. El edificio estaba prácticamente vacío, pero en la sexta planta subió una pareja con sus tres niños, todos muy veraniegos como si fueran a pasar el fin de semana en la playa. Les sonreí avergonzado, pensando en lo que me diría mi mujer si hubiera visto a ese padre abnegado y ejemplar que no era como yo.

De pronto el ascensor se atascó. Primero apretamos la alarma. Nada. Luego probamos llamar a través de los móviles, pero no había cobertura. Cuando me puse a gritar pidiendo auxilio me di cuenta de que los niños lloraban. Eran casi las cuatro de un viernes de agosto. El conserje ya se habría marchado y dentro del ascensor el calor era de una ferocidad africana.

Me irritaban esos padres más preocupados en rezar que en buscar soluciones prácticas. El tiempo transcurría espeso, el aire se volvía turbio y los niños comenzaron a vomitar en sus baldecitos de playa. Un olor a papillas fermentadas invadió el ascensor y empecé a sentir arcadas. «¿Tiene usted hijos?», me preguntó de pronto aquel hombre santurrón y silencioso. «Tengo tres como tú», respondí antipático. «Entonces también rezaremos por ellos», me prometió con una sonrisa que me sacó de quicio. «Tremendo huevón», pensé. Sus hijos estaban mal, con suerte podrían rescatarnos al día siguiente y en el peor de los casos a primera hora del lunes. Y el muy idiota sólo pensaba en rezar. Antes de perder el conocimiento aún alcancé a ver a aquel hombre rezando, abrazado a los cuerpos desvanecidos de su familia.

Recuperé la conciencia en un cuarto de hospital, enchufado a una botella de suero y recibiendo las reprimendas cariñosas de mi mujer, que se congratulaba de haber tenido la ocurrencia de acercarse a la oficina y avisar así a los bomberos. «Ha sido un milagro —me pareció escuchar—, porque el verano pasado murió una familia entera en el mismo ascensor».

A MAIL IN THE LIFE

DESDE HACE UNOS meses le mando correos electrónicos a mi mujer haciéndole creer que soy otro. Al principio se los tomó a broma, pero poco a poco empezó a entregarse, a fantasear con mis mensajes, a compartir con mi otro yo sus deseos más inconfesables. Le he puesto trampas para saber si sospecha algo y no es así. Ha caído redonda.

No puedo negar que parece más feliz y hasta me hice de rogar cuando me pidió que la sodomizara, tal como se lo había recomendado bajo mi personalidad secreta. Pero hasta aquí hemos llegado porque he decidido escarmentarla.

Voy a suicidarme para que nos pierda a los dos.

ÚLTIMA VOLUNTAD

LOS MORIBUNDOS TIENEN fugaces destellos de lucidez que se extinguen como velas en la penumbra de la muerte. Mamá murió así, enumerando mis obligaciones, recordándome mis deberes, indicándome en qué cajón estaban los papeles del seguro, quiénes tenían libros suyos y sobre todo conminándome a proteger siempre a mis hermanas. Pobre mamá. Su agonía había sido muy larga y jamás esperamos que en el último instante podría despedirse así. Lentamente fue cayendo en una somnolencia dolorosa, repitiendo una y otra vez los nombres de mis hermanas. Cogí su mano y me dijo que le alegraba reunirse por fin con papá. De pronto me clavó dulcemente las uñas y me pidió que nunca dejara solo a Luisito, que estaba enfermito y me necesitaba. Y mamá murió como suponía, reservando sus palabras finales para el pobre Luisito, que falleció de leucemia cuando éramos niños.

Fuimos a casa de mamá a ordenar sus cosas y escuchamos un llanto dentro del ropero. Mis hermanas dicen que es mi obligación y me lo tuve que llevar a casa.

Le gusta jugar con medias de nylon y pétalos secos.

FATHER AND SON

SIEMPRE ME DISGUSTÓ la clarividencia de mi padre para estropearme la vida, perturbar mis quehaceres o arruinar un instante feliz. Como esta noche en que he plantado a una linda compañera de oficina porque papá se está muriendo en un hospital de la ciudad. Sólo él es capaz de ponerse grave así de improviso, a más de tres horas de camino y en una noche lluviosa, incendiada de relámpagos.

A través de la ondulante carretera entreveo los años que pasamos juntos, adelantando siempre y discutiendo en todas las curvas. Tras el parabrisas anegado de lágrimas evoqué aquellos años infantiles, cuando admiraba su estatura y me sentía realmente protegido entre sus brazos, con las luces altas y muy tenso el cinturón de seguridad. Pero ninguno de los dos fue capaz de superar la enfermedad de mamá, que sobrevino mortal como un accidente a cientos de kilómetros por hora.

Yo presentía que hallarle aún con vida no dependía del azar, sino de la velocidad que era capaz de alcanzar, de la escasa ternura que todavía guardaba para él, de esos dulces recuerdos que ya eran más borrosos que el propio camino. En realidad quería ir cada vez más rápido, recorrer la distancia que siempre nos había separado y esquivar en el tiempo la escena primaria de nuestra ruptura. Sin embargo, como nunca he sido generoso me encendí de rencor y aceleré enfurecido hasta derrapar en los acantilados de la memoria. Viviendo nunca le perdoné. Muriendo tampoco.

Llevo más de una hora en el depósito de cadáveres del hospital y por fin le han bajado. No puedo verle por culpa del sudario, pero siento la densidad de su presencia, la indiferencia de su rigidez. Si algún curioso nos descubriera me gustaría que no sintiera lástima por nosotros, pues sólo somos dos muertos con el mismo nombre.

GORGONA

ME DESPERTÉ TIRITANDO, porque el sueño había sido muy real. A la salida del colegio me crucé con la viuda de la tienda de las prótesis, y sin saber por qué accedí a sus cochinas insinuaciones. En mi clase contaban cosas terribles de la viuda y todo el mundo sabía que echaba las cartas y preparaba menjunjes, porque sólo de las prótesis no podía vivir. Entonces la llevé a mi casa y subimos a mi cuarto, donde empezó a besarme y a desvestirme y a mamármela entre aullidos, como si fuera a succionarme el alma por una pajita. En eso escuchamos la puerta de la calle y mamá preguntó nerviosa que quién estaba arriba. De pronto la viuda pegó un salto y bajó por las escaleras chillando como una loca. Me desperté con los alaridos de mamá, que lloraba y pedía por caridad, por caridad que no la matara. Fue un sueño horrible y asqueroso.

Me levanto con náuseas, pero antes de ponerme los pantalones aparece la viuda en mi cuarto bañada en sangre: «¿Qué hace usted aquí?», le pregunté furioso y asustado. La viuda se pasó la lengua por las encías y me respondió sonriente: «Tú me has traído, cariño».

CARIÑO ARTIFICIAL

YO NO SOY esa persona de la que hablan. Siempre fui amable, sufrida, cariñosa. Es cierto que a veces me entraban unos como ataques de egoísmo, pero han sido tantos años atendéndolos, cocinándoles, cuidando a sus hijos como los cuidé a ellos. No. No es justo que ahora digan esas cosas tan horribles de mí. Si al menos pudiera llorar.

Y lo peor no es haber descubierto lo que piensan en realidad. Lo peor es tener que oírlo todos los días. ¿Si no me quieren por qué vienen a verme? Yo era feliz cuando mentían. Cuando decían que me querían.

Yo no soy esa persona de la que hablan. Sólo soy una maleza insomne de mangueras. Un animal erizado de tubos. Una momia insepulta que desprecia sus entrañas.

LA CASA EMBRUJADA

HACÍA MUCHOS AÑOS que nadie pasaba una noche en la vieja mansión.

Decían que una aberración se arrastraba por sus corredores y que todos los descendientes de aquella decadente familia estaban malditos. Los ancianos se persignaban, las mujeres gemían y los hombres blasfemaban. Sin embargo, los dueños querían venderla y yo acepté pasar la noche para acabar con su leyenda siniestra, porque mi ambición siempre ha superado a mi cobardía.

Los estragos del abandono eran infinitos: una suerte de lepra carcomía los muros, la humedad formaba repugnantes verdugones de sarro y el olor de las ratas podía cortarse en grasientas lonjas. Con la tuberculosa luz de mi linterna perseguí en vano fantasmas que resultaron telarañas, roedores y muebles amortajados de blanco, como niños muertos. La casa no tenía espejos y a todos los personajes de las pinturas les habían borrado los ojos. Los relojes marcaban a destiempo la misma hora.

Al amanecer vi a los dueños en la puerta y salí a rastras del caserón embrujado, pero esos cobardes huyeron y la policía me ha disparado. Desde entonces no he vuelto a salir y vivo muy a gusto por estos corredores. Ningún espejo me molesta y he descubierto que me encantan las ratas.

EL EXTRAÑO

DESPUÉS DE DIEZ años de matrimonio he descubierto que mi marido me engaña y que tiene otra vida que no he querido admitir a pesar de las indirectas, los comentarios y las cicatrices que sus amantes dejaban sobre su cuerpo. ¿Desde hace cuánto tiempo me traiciona? ¿Desde hace cuánto tiempo vivo en esta mentira?

Mientras se desnuda en la oscuridad finjo dormir para que no se acerque, para que no me toque con esas manos que huelen a otra persona que no soy yo. Mi alma se precipita por un abismo negro y repugnante que me penetra viscoso por la boca, por los oídos, por la nariz. Estoy casada con un hombre que no conozco, que no es quien yo creía, que me ha robado la existencia.

Siento su presencia palpitante a mi lado, sus pies escamosos buscando los míos y su respiración de monstruo retumbando en este cuarto que ya no me pertenece.

Me paralizan el pánico y las náuseas. No puedo pedir auxilio. Hay un extraño en mi cama.

EL ANTROPÓLOGO

AQUEL HOMBRE HACÍA muchas preguntas. Se interesaba por nuestras fiestas, por quién era pariente de quién y hasta por las historias que les contábamos a nuestros hijos para dormirlos. Somos un pueblo hospitalario y por eso le invitamos a todos los bautizos, matrimonios y entierros, adonde iba siempre con su libreta, su grabadora y sus anteojitos redondos.

Un día supimos que había conversado con los más ancianos y que les había puesto nerviosos con unas historias de sacrificios y ritos sangrientos. Más tarde fue lo de la procesión y cómo se emperró en aquello de los calendarios solares y las diosas prohibidas. Pero cuando empezó a meterles sus ideas a los más pequeños estuvo a punto de arruinar la romería. Nosotros respetamos las costumbres de todo el mundo y sólo deseamos conservar las nuestras. No es fácil con tantas modernidades como hay ahora.

Los niños fueron cantando hasta el altar según lo establecido, coronados de flores y vestidos de blanco. En cambio, el antropólogo incordió hasta el final. Las diosas no le habían elegido y para colmo estaba circuncidado. Pero mejor así, porque sabía demasiado.

Sus entrañas eran impuras.

LA OUIJA

SIEMPRE ME ADVIRTIERON que no moviera la copa y jamás les hice caso. Yo recorría las letras del tablero y me tronchaba cuando veía sus caras descompuestas, cuando escuchaba sus respiraciones entrecortadas, cuando sentían de pronto la caricia helada de mis manos.

Una noche partí la copa y cundió el pánico. Quise decirles que había sido yo, pero ya era demasiado tarde. Sin embargo, no se quedaron en casa ni hubo que clausurar aquella habitación como hizo mamá la última vez. Se fueron como almas cargadas por el diablo y yo hasta ahora les echo de menos.

Los nuevos inquilinos nunca juegan con el tablero, y a mí me da vergüenza mover las cosas sin que me llamen.

LA PELÍCULA

ACABO DE APAGAR la televisión y el silencio de casa me pone los pelos de punta. Mamá me dijo que no viera esa película y si no duermo me va a resonrar. De pronto siento el ruido de un motor y espío a través de las cortinas: una carroza se ha detenido delante de casa y unos hombres de negro comienzan a sacar un enorme ataúd. El corazón me late deprisa. Un hombre con sombrero se acerca a la puerta y toca el timbre. No le abro, pero pregunto qué quiere y me dice el nombre de papá. Mi papá no está, le respondo gritando —más bien llorando— y ese hombre vuelve a pronunciar el nombre de papá. Yo era muy chico y no me di cuenta de que hablaba de mí, pero ahora que he visto la película de mi vida, he comprendido aquel sueño remoto y sé que voy a morir. El hombre con sombrero acaba de entrar.

EL CACHORRO

MAÑANA ES SÁBADO y debo comprar otro cachorro para la niña. ¡Extraña tanto al anterior! Me encanta cómo los abraza y los besuquea, casi lamiéndolos como una golosina. A medida que vaya creciendo descubrirá nuevos juegos y le costará menos perseguirlos, saltarles encima y revolcarse con ellos sobre la hierba. Y los cachorros la quieren a pesar de sus tosquedades. ¿Qué haré cuando sea más grande? Los cachorros ya no la divierten tanto y ella necesita entretenerse. Voy a tratar de comprarle uno más fuerte: un bóxer, un mastín, un pastor alemán. Uno que le dé más guerra que el cócker para que no vuelva a escaparse.

Menos mal que cuando se escapó la encontré dormida y que se lo pude quitar sin despertarla, pues como se acostumbre a los bebés no va a querer aceptar otro cachorro.

EL SALÓN ANTIGUO

NUNCA ME GUSTÓ el salón antiguo de la casa de los abuelos. Todo oscuro, todo grande, todo lleno de cuadros feos. En uno hay una señora que te mira molesta, en otro se ve a una niña que parece un fantasma, y encima hay un Cristo que da miedo. Cada vez que abren el salón antiguo todo el mundo se pone muy triste, y justo ahora que me han dejado entrar no me dejan salir.

Mi mamá se ha pasado horas de horas llorando, como el día que metieron al abuelo en el salón. Nadie me vio, pero yo sí lo vi. ¡Cómo lloraba mamá! Como ahora, tosiendo sin parar.

Todos se han ido del salón antiguo y se han olvidado de mí. Igual que el día del abuelo. La señora me mira con odio, esa niña me está llamando, el Cristo tiene un corazón en la mano y yo no me puedo escapar de esta caja.

PUEBLO CHICO

NO SOPORTABA MÁS a ese imbécil. En la escuela me golpeaba y me humillaba; abandoné la fábrica porque disfrutaba insultándome y ni siquiera en el casino dejaba de ridiculizarme, delante de los viejos y de las mujeres. El pueblo es chico y aquel imbécil lo había convertido en un infierno grande. Por eso lo hice, porque aquí las noticias vuelan.

Cuando inventé lo de su enfermedad comenzaron los primeros síntomas, cuando describí sus llagas y la pestilencia de sus forúnculos dejó de salir a la calle, y cuando mandé poner su esquela en el periódico del pueblo desapareció para siempre.

Nadie quiso ir a su entierro.

EL CUARTO DE HUÉSPEDES

EN CASA HABÍA un cuarto de huéspedes que siempre estaba cerrado porque era de los huéspedes. Las camas estaban hechas, los cajones perfumados, la alfombra sacudida y las toallas preparadas. Mamá entraba todas las mañanas para que siempre estuviera en orden, porque los huéspedes son imprevisibles y nadie sabe cuándo pueden llegar de nuevo.

Durante las noches oíamos ruidos y bajábamos corriendo deseando ver a los huéspedes, pero el cuarto seguía cerrado y mamá nos mandaba de nuevo a la cama. ¡Pobre mamá! No le gustaba nada hacer las camas, perfumar los cajones, sacudir la alfombra y preparar las toallas por culpa de los huéspedes.

Qué nervios los huéspedes. Nadie sabe cuándo llegaron. Nadie sabe cuándo se van a ir.

LONGINO

EN LA CÓMODA de mi abuela había un crucifijo aterrador. «¿Lo ves? —me decía con voz temblorosa—. Cuando mientes le aprietas la corona y le clavas más las espinas». Yo sufría viéndole las manos taladradas, los hombros infectados por los chicotazos y los clavos sobresaliéndole de los pies; pero la sangre que chorreaba de su cabeza era por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, como me hacía rezar abuela mientras me castañeaban los dientes.

Una tarde me acerqué al crucifijo con el alicate de la caja de herramientas, y una por una comencé a arrancarle las espinas para acabar con su agonía. Cuando le quité la última dejó de sangrar y sólo cayeron unas gotas de agua. ¡Qué contenta se pondrá abuela cuando se lo encuentre muerto sobre la cómoda!

EL HORÓSCOPO

ANTES DE DISPARAR restalló en mi memoria aquel mensaje definitivo que leí en el periódico: «Tenga cuidado con esa persona de su entorno que se propone arruinar todos sus planes». Pero de pronto ella se volteó y sin darme tiempo a reaccionar me clavó un cuchillo en el corazón. Nunca debí dejarle el periódico. Ella también era Tauro.

LA RATONERA

PERDÍ EL ÚLTIMO autobús y tuve que caminar hasta la Plaza de las Ánimas para tomar el ómnibus de medianoche. No había nadie en el paradero y el frío condensaba fantasmas que brotaban siniestros mientras respiraba. A través de la niebla surgió de pronto el autobús.

Cuando pagué al conductor me sobrecogió su mirada de peluche triste, como de oso venido a menos o de rata que quiere ir a más. Pensé en que así sería la cara desconsolada del gato de Cheshire y me senté ensimismada en el primer asiento que encontré. El ruido que hacía una señora frente a mí me arrancó de mis ensoñaciones.

Aquella señora aspiraba el aire a través de los incisivos, arrugando la nariz y levantando el labio superior. Su expresión era desagradable, como de ardilla enferma de obesidad. A su lado un niño de enormes paletas tragaba voraz un tarro de palomitas. ¿Cómo podía zamparse tanta comida por el hocico? Parecía un hámster con el pescuezo inflado de guisantes.

Poco a poco advertí con inquietud el insólito aire de familia de los pasajeros del autobús: todos tenían la nariz húmeda de sudor, los pómulos hinchados, la cabeza más bien redonda y unos dientes preparados para roer y destrozar. Uno recordaba a un gorila aconejado, el otro miraba ratonil con sus pequeños ojos de vidrio y una marmota llena de collares se hurgaba entre las uñas hasta ponerse en carne viva sus dedillos como lombrices. Pensé en la mirada afelpada del conductor, oí la respiración dental que retumbaba en el autobús y decidí bajarme de aquella ratonera en la siguiente parada.

El niño de las palomitas quiere ser el primero en morder. La puerta no se abre.

LOS YERNOS

ME ENCANTA CONTEMPLAR mis libros en las estanterías, acariciar sus lomos y meter la nariz entre sus páginas como si realizara una fantasía pecaminosa. Debo tener casi diez mil, atesorados desde la adolescencia y leídos sin pausa a través de los años. ¿Habría placer más grande que poner nombre, fecha y lugar de compra en la primera página de un nuevo libro? Mi biblioteca es el atlas de mis lecturas, la memoria de mi caligrafía y el itinerario de mis conocimientos.

Cuando las niñas eran pequeñas sacaba un libro al azar y les explicaba dónde lo había adquirido, a qué edad lo había leído y cómo había influido su lectura en mi vida. Ellas reían y prometían cuidarlos mucho, pero ahora han crecido, se han puesto muy guapas y la casa se me ha llenado de moscones. No me importa que alguno de esos maleducados les meta mano algún día a mis hijas. Es ley de vida. No. Lo que no me deja dormir es que encima arramplen con la biblioteca.

Me sulfura suponer que dentro de veinte o treinta años un yerno la tire a la basura para hacerle sitio a un televisor más grande. «¿Hasta cuándo vamos a guardar la biblioteca del empollón de tu padre?», chillarán. Ay, mis libros, mis viajes, mi memoria. Por eso cogí un cuchillo y me escondí en el garaje hasta que salieron esos maleducados. No se dieron ni cuenta. ¡Pobrecitas! Eran tan guapas.

ABUELITA ESTÁ EN EL CIELO

MAMÁ DECÍA QUE abuelita había sido la mujer más buena del mundo, que todos la querían y que nunca le hizo daño a nadie. «Abuelita está en el cielo, mi amor», señalaba mamá con el dedo, «rodeada de ángeles y santos». Pero mamá no quiere verla cuando viene de noche a mi cuarto, llorando y toda despeinada, arrastrando a un bebito encadenado.

Seguro que tiene hambre porque a veces lo muerde.

ANTIGÜEDADES

ALGUNOS FANTASMAS PERMANECEN junto a sus viejas pertenencias, condenados a penar dentro de una caja de música, cubiertos de telarañas entre las velas de una lámpara o congelados hasta el Día del Juicio en el cristal de un florero.

Ellos crepitan inquietos cuando me ven husmear por las tiendas de antigüedades y un escalofrío de siglos recorre mis venas mientras el dependiente los envuelve para llevármelos a casa.

Me gusta ver cómo titilan marchitos en la oscuridad con su luz verdosa. En aquel bargueño hay una vieja decapitada, en ese reloj un monje blasfemo sigue rezando las horas, y en el cofre del mago se acurruca el alma retorcida de un niño tullido. Yo los busco por las tiendas de antigüedades y los traigo a esta casa para escuchar cómo lloran de noche. Para reírme de su soledad infinita.

Ellos suponen que mi castigo es soportarlos. Ellos no saben que mi casa es el infierno.

URGENCIAS

LA SIRENA DE la ambulancia zumba todavía en mis oídos mientras me suben a una camilla, me inyectan un líquido rosa y la gente corre a mi alrededor, como si uno tuviera prisa. La primera vez que me trajeron de urgencia viví con nerviosismo el estreno de la coreografía de mi muerte, pero ahora que hemos llegado a la quinta función he desarrollado algo así como una indolencia escénica.

La inyección del líquido rosa es para recuperar el tono cardíaco, el suero que me han metido por vena lleva un analgésico, la mascarilla que me han puesto tiene la finalidad de dormirme y el gel que me untan en el pecho quiere decir que van a operar. Después vendrá lo peor: despertar poco a poco, recordar los nombres de quienes vengan a verme, aceptar lo escombros de mi cuerpo y despedirme de tanta gente que no veía en años.

Sobrevivir supone un mínimo de ilusión. Una ilusión que ya no tengo. Estoy tan a gusto aquí que no pienso luchar. La muerte es blanca.

HALLOWEEN

EN EL TRASTERO de casa encontré esta máscara de hombre lobo que tanta sensación ha causado en la fiesta. Fue ponérmela y sentirme con fuerzas de bailar hasta el alba como una criatura endemoniada en noche de brujas.

Las chicas no saben quién soy y me miran con deseo, como si algo indescifrable excitara a las lobas que llevan dentro. Yo gruño y las olisqueo por el cuello y los escotes, y ellas se entregan y se refriegan contra mi cuerpo, sensuales como hembras en celo. Ya he perdido la cuenta de las que me he cepillado en el coche.

Vuelvo a la fiesta y elijo a mi próxima presa: esa rubia disfrazada de Campanilla que ya se me acerca pellizcándose los pezones. No he tenido que bailar para traérmela al coche y apenas ha gritado. No era rubia.

AULLIDOS

NO ME GUSTA que el perro aúlle porque los perros sólo aúllan cuando ven un fantasma. ¿Acaso vendrá esta noche también? Martita le dijo a mamá que no estuvo aquella mañana en la piscina, y ahora soy yo la que tiene que soportar los aullidos, resignarme a ver su cara a través del agua y sentir como una sensación de peces que me hierven en el estómago.

Esta noche ha venido de nuevo. Siempre viene a rezar al borde de la piscina hasta que los aullidos la asustan y me deja sola de nuevo. Seguro que ahora está con Martita.

ANTES DE MORIR me juró que me haría una señal, que me daría una prueba, un aviso de lo que había más allá de esta vida, como si todavía pudiera existir algo peor que esta vida. Pero han transcurrido días, semanas, meses y todavía no se ha manifestado. Hasta esta noche.

Es de madrugada y la jornada ha sido agotadora. Una de las muchachas escapó del club y quiso denunciarnos. No tuve más remedio que hacer lo de siempre.

Ya me había dormido cuando sonó el teléfono móvil.

No era la melodía que tengo programada sino una especie de llanto asmático, de sollozo enfurecido. En la pantalla parpadeaba un número inverosímil. No me he atrevido a coger el teléfono, pero ha dejado un mensaje en el buzón de voz.

PAPILLAS

DETESTO LOS FANTASMAS de los niños. Asustados, insomnes, hambrientos. El de casa llora desconsolado y se da de porrazos contra las paredes. De repente me vino a la memoria el canto undécimo de *La Ilíada* y le dejé su platito lleno de sangre.

No le gustó nada y por la mañana encontré todo desparramado. Volví a dejarle algo de sangre por la noche, aunque mezclada con leche y unas cucharaditas de miel: le encantó.

Desde entonces le preparo unas papillas riquísimas con sangre, cereales, leche y galletas molidas. Sigue desparramándose las cosas, pero ya no se da porrazos y a veces siento cómo corre curioso detrás de mí. Quizás me haya cogido cariño. Tal vez ya no me tenga miedo. ¡Angelito!, si hubiera comido así desde el principio nunca lo hubiera estrangulado.

EL PARÁSITO

NO ERA UN fibroma, ni un tumor, ni un folículo infectado, sino un mellizo marchito enquistado en su espalda como un inquilino perpetuo y satisfecho. Quizás nunca debí decirle lo que era y dejar que pensara que se trataba de un bulto de grasa cualquiera, pero aquel hombre me pareció inteligente y no dudé en mostrarle aquella miniatura atrofiada de sí mismo.

Algunos pacientes no están preparados para saber lo que tienen y para contemplar sin prejuicios el infinito paisaje de las patologías humanas. Como aquel hombre que sostenía desconsolado a su gemelo nonato y que incluso le cortó el pelo y las uñitas diminutas hasta encontrarle un pálido destello, un reflejo remoto, un melancólico parecido. Soy un científico, ¿cómo podía saber si sentía o si soñaba?

Dos días después de la operación falleció por causas desconocidas. El parásito le sobrevivió un día más.

KRUSZWICY, 834 d.C.

«LOS ÚLTIMOS SOBREVIVIENTES nos hemos encerrado en la capilla del castillo para encomendarnos a Santa Gertrudis de Nivelles. El señor obispo ha echado tierra de su santo sepulcro en la entrada y maldecido a nuestro rey, quien ha traído la desgracia sobre Kruszwicy. Primero fue la peste, luego las cosechas, más tarde los lobos y ahora esta horda salvaje.

»Mientras escribo estas líneas ya habrán dado cuenta de los mendigos callejeros y de los ancianos que fue preciso dejar en sus casas: la pobre señora Barwinski, el boticario Michal Dymitr y el cascarrabias de Kiril. ¡Dios se apiade de sus almas! Aquí atacarán antes del alba, cuando se acabe el aceite de las teas.

»El obispo desea que recemos, pero ya es demasiado tarde. Unos quieren prenderle fuego a la iglesia y otros proponen arrojar fuera a los niños, a ver si así se aplacan y nos dejan en paz. En Przemysl dio resultado hace veinte años y desde entonces la villa está bajo la protección de sus Niños Mártires. Jakub el herrero ha jurado matar a quien se acerque a sus hijos. ¡Dios mío, si podrían ser todos santos!

»Debo dejar esta carta en la urna de la mano incorrupta de Santa Blandina ermitaña, dentro del cofre de las sagradas reliquias. Son feroces y están hambrientas; pero no permitiremos, Señor, que las ratas se coman también tus tesoros. *Nunc dimittis servum tuum, Domine*».

EL BALBERITO

LA OTRA NOCHE matamos a un vampiro. Cerca del amanecer lo acechamos junto a su tumba y le tendimos una emboscada. El monstruo no era muy fuerte y pegó un chillido espeluznante cuando lo empalamos.

Al verlo tendido en el suelo advertimos horrorizados que era un balberito, un niño vampiro que nos miraba con los ojos perplejos y arrasados de lágrimas, mientras se desollaba despavorido las manitas contra la estaca. El balberito agonizaba entre pucheros y la sangre de su última víctima resbalaba por sus colmillos de leche hasta empozarse en los hoyuelos de sus cachetes.

«¡Muere, demonio!», gritó el reverendo al degollarlo con su hoz.

ELLOS NOS CONTROLAN

MI HERMANO NUNCA rezaba ni quería ir a misa, porque decía que Dios no existía, que cada uno creaba sus propios dioses y que él ya tenía los suyos. Mamá le pegaba y lo castigaba y entonces él los llamaba y conversaba con ellos. ¿Por qué haces eso?, quería saber, y él contestaba muy serio que eran ellos quienes se lo ordenaban, y que si deseaba irse de casa tenía que obedecerles en todo. ¿Pero tú no los has creado?, le pregunté. Entonces me dijo que sí, que sí los había creado, pero que ya no podía controlarlos porque los dioses siempre te chantajejan con su paraíso.

Hasta que un día se lo llevaron y no apareció nunca más.

Papá se emborracha y mamá reza, mas yo sé que rezar es inútil. Lo que yo quiero es inventar unos dioses que me devuelvan a mi hermano y que no me obliguen a rezar.

Lo de rezar no es posible, pero han prometido llevarme con él.

LAS MANOS DE LA FUNDADORA

QUÉ MIEDO ME daba besar el hábito de la madre fundadora cada vez que las monjas nos arrastraban hasta la capilla del colegio para ver su cuerpo incorrupto. No me gustaban ni su cara de momia ni sus manos verdosas como bizcochuelos podridos. Aunque lo peor era esa Virgen adornada con el pelo de la madre fundadora, blanco y erizado como la telaraña de una tarántula.

Un día las monjas me encerraron en la capilla por mentirosa, amenazándome con la cachetada de la fundadora. Ellas creen que vomité de susto, pero tenía que impedir que me pegara. La mano izquierda sabía mejor.

JUICIO FINAL

¿POR QUÉ ME condenas —le pregunté al ángel—, si yo le di de beber al sediento y le di de comer al hambriento? Y el ángel levantó la cabeza, y bajo sus rizos dorados descubrí el rostro enfurecido y congestionado de mi madre.

ABONOS NATURALES

LOS JARDINES DEL cementerio eran los más hermosos del pueblo, siempre umbríos y floridos, sembrado de esculturas barrocas y adornado de cipreses majestuosos y soñolientos. Contra la opinión de todo el mundo, el alcalde lo convirtió en parque público y mandó construir un crematorio municipal, según el plan urbanístico y sus ideas de progreso. Pero entonces los jardines comenzaron a secarse y los vecinos protestamos al ayuntamiento, porque el viejo cementerio se volvió un lugar poco recomendable donde la mala vida crecía como la mala hierba. El alcalde organizó una cuadrilla de jardineros que trabajó de sol a sol, mas el cementerio siguió siendo un sitio peligroso porque algunos drogatas y travestones continuaron desapareciendo entre sus árboles y mausoleos. Los cipreses languidecen y el verdor de los jardines se extingue poco a poco. El alcalde no se entera y ahora quiere remover la tierra para instalar sistemas de riego. Tendremos que sacrificarlo igual que al anterior.

AIRE DE FAMILIA

DESPUÉS DE MUCHOS años ha vuelto la vida a la vieja mansión familiar y todo me resulta nuevo y extraño: los cuadros, la vajilla, los muebles. Hay algo aterrador que me impide reconocer cuanto me rodea, pero lo peor es la niña que viene por las noches a mi cuarto para atormentarme de nuevo con ese horror azul en los ojos. Dice que es su cuarto, pero yo estaba aquí mucho antes.

LA CHICA DEL AUTO STOP, I

ERA DELGADA Y tenía el pelo blanco y largo como una actriz gótica. Yo sólo quería verla de nuevo y por eso le presté mi casaca. Para tener una excusa y poder ir a su casa esta mañana.

La madre se ha puesto a llorar y me jura que su hija ha muerto hace años.

Como no le he creído me ha llevado hasta su tumba y allí estaba ella, blanca como una azucena y con mi casaca negra sobre los brazos abiertos. Parecían alas.

He querido abrazarla y la madre me ha sujetado con fuerza. Ella corre hacia mí. No sé quién me ha mordido primero.

LA CHICA DEL AUTO STOP, II

—¿QUIÉN TE HA traído a casa? —me ha preguntado mamá.

—El hijo de los vecinos de la finca de al lado —le respondo, porque sé que mamá no quiere que me recojan desconocidos.

—¡Pero si ese chico ha muerto hace años! —me dice mamá persignándose.

—Imposible, mamá. Si aquí está la casaca que me prestó. Dijo que vendría a recogerla.

Suenan unos golpes atronadores en la puerta.

LA CHICA DEL AUTO STOP, III

LA RECOGIERON EN la carretera porque sabían que estaban perdidos.

Afortunadamente ella hablaba inglés y pudieron entenderse sin problemas. Los antiguos soldados de aquel país bárbaro y supersticioso se habían convertido en salteadores de caminos y por eso aceptaron la invitación de esa chica de ojos tan profundos y misteriosos, encantada de conocer jóvenes occidentales. ¿Verdad que las playas españolas eran bellísimas? ¿Era cierto que en Italia sobraba trabajo? ¿Le convalidarían sus estudios en Francia? ¿Perú no está en Sudamérica?

La casa de la chica era una vieja finca abandonada que nadie hubiera creído habitada. Para entrar en confianza uno de los amigos recordó una historia de terror que trataba de una chica que hacía auto stop en una carretera desolada, y la historia resultó ser más o menos la misma en todos los países de aquellos muchachos. El aguardiente corría de boca en boca y el frío era tan grande que la chica empezó a cerrar los postigos de las ventanas. «¿Y cómo es esa historia en este país?», quiso saber uno de los amigos. La chica terminó de cerrar todas las ventanas y les sonrió con ternura.

Los gritos se escucharon durante toda la noche.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

EMPEÑADO EN ALCANZAR el Paraíso, aquel hombre renunció a los placeres de la carne, a la sensualidad del conocimiento y a las certezas de la soberbia. Fue justo, bueno y humilde, y al morir le proclamaron santo porque además fue un gran penitente. Pero cuando llegó ante Dios no pudo interpretar sus preguntas y fue condenado a vagar toda la eternidad en la aridez de su ignorancia, como castigo a su pobreza de espíritu.

VAMOS AL COLEGIO

COMO TODAS LAS mañanas, he vestido a los niños y los he colocado en el asiento trasero para que sigan durmiendo. Enciendo el coche y el motor se va calentando, desentumeciendo. El invierno es crudo y prefiero no abrir la ventana para que los niños no pasen frío. Corro a la cocina a preparar sus bocadillos y no hay mantequilla, el queso también se ha terminado y tengo que abrir una lata de atún.

Cuando encuentro el abrelatas ya se nos ha hecho tarde. Corro al garaje. Apenas puedo respirar. Los niños no se despiertan.

LA LÁPIDA

LA COMPRÉ EN una casa de antigüedades porque la coincidencia de las fechas me hizo gracia. Me gustaba la textura de la piedra y el color que el musgo le había impregnado, pero ningún albañil quiso hacer la obra y no tuve más remedio que poner un anuncio en el periódico. Un hombrecillo repugnante se presentó en casa y le indiqué en qué lugar del salón la quería. Reconozco que fue muy profesional, porque en menos de tres horas terminó el trabajo y me dejó el suelo limpiísimo. Casi tuve que obligarlo a cobrar.

A mis amigos no les gustó mi nueva adquisición y nadie quiso bailar sobre la lápida. Me enfadé tanto que fui por unas herramientas para levantarla. Hubo gritos, maldiciones y denuncias. La policía me ha detenido, pero soy inocente. No sabía que hubiera una tumba en el salón. No sé cómo acabó allí el albañil.

EL DOMINIO

CUANDO DESCUBRÍ QUE el dominio www.infierno.com no estaba registrado, pensé que había cometido algún error. Sin embargo, al teclear de nuevo la dirección comprobé que era verdad: no le pertenecía a nadie. Y así, por una suma insignificante me hice con el dominio del infierno.

No había terminado de crear los contenidos del infierno cuando ya la página tenía cientos de miles de visitas y un número semejante de solicitudes de correos electrónicos con el nombre del usuario más @infierno.com. En menos de una semana las multinacionales más poderosas me ofrecieron su publicidad y miles de portales de todo el mundo crearon enlaces directos con mi web, que según los mejores buscadores ya era uno de los diez sitios más visitados del ciberespacio. En medio de aquella orgía de éxitos recibí una oferta millonaria por mi página y la vendí sin pestañear, porque el dinero me interesaba mucho más que el dominio del infierno.

Desde que hice aquel negocio no he dejado de viajar y de gozar por todos mis orificios, pero he entrado al cibercafé de un hotel caribeño para visitar el infierno y el programa me dice que esa dirección no existe. Tecleo de nuevo www.infierno.com y la respuesta es la misma. Muerto de risa vuelvo a solicitar el dominio del infierno, preguntándome si la página me la habrían comprado los jesuitas o los del opus. No obstante, al día siguiente recibí un correo que me dejó perplejo: «Estimado cliente, de acuerdo con nuestros archivos su alma ya forma parte de nuestra base de datos. Reciba un cordial saludo».

El nombre del remitente era inverosímil.

FIDELIDAD

EL PERRO IBA detrás del cortejo, cabizbajo y con el rabo entre las piernas, como un huérfano más detrás del ataúd de su dueño. Durante el entierro sus ojos parecían arrasados de lágrimas, y cuando los deudos se fueron se acurrucó al pie de la tumba, donde aulló toda la noche. Al sexto día la policía tuvo que rematarlo a tiros.

Los cadáveres de los niños le encantaban.

NO HAY COMO EL BAÑO DE CASA

LA EXCURSIÓN HABÍA durado un par de horas y las chicas querían volver al pueblo porque no deseaban hacer a oscuras el camino de regreso. En eso alguien vio una casa entre los árboles y propuso llamar para pedir el baño. Tocamos la puerta, gritamos y miramos a través de las ventanas, pero nadie nos abrió. Para entonces todos queríamos ir al servicio y no tuvimos más remedio que entrar por la fuerza. El suelo y las paredes estaban pintarrajeados de obscenidades y dibujos geométricos, y en la cocina ardía una vela negra que uno de nosotros apagó para evitar incendios.

Desde entonces han transcurrido varios días y todavía no se ve el pueblo.

COSAS QUE SE MUEVEN SOLAS

YO NO QUERÍA quedarme a dormir en casa de mi abuela, pues en este caserón hay más cuartos clausurados que habitaciones disponibles. Cada vez que alguien de la familia muere, la puerta se cierra con llave y se tapia con unos listones de madera negra donde abuela manda escribir el nombre del fallecido. Aquí están el cuarto de mi abuelo, los de mis tías, los de los bisabuelos y hasta el de una criada que enloqueció y que nos maldijo a todos antes de morir. O al menos eso dice mi abuela y se persigna sobrecogida. Mi madre jura que de chica sentía cómo se movían las cosas dentro de las habitaciones cerradas y mi padre no ha querido volver a dormir en esta casa desde que una noche oyó que alguien rasguñaba los tabiques de los cuartos clausurados. ¿Entonces por qué me obligan a quedarme aquí cuando se van al cine? Abuela está sorda y no me escucha. No se ha dado cuenta de que me han echado llave, que están clavando algo en la puerta y que me dicen cosas horribles.

EL PASAJERO

SÓLO APARECE DE noche, después de doblar la curva del hotel abandonado.

No veo su rostro, pero sé que está en el asiento de atrás porque su silueta se refleja oscura en el espejo retrovisor y su respiración apesta como una muela podrida. Jamás ha pronunciado palabra y cuando se va deja un rastro maloliente de niebla.

HAMBRE

CUANDO LOS OTROS niños regresan a casa y el parque se queda solo, mamá reparte la comida y me pide que sea más educado. Creo que a mamá no le gusta cómo come papá, que chupa los huesos hasta dejarlos limpios. Pero yo no podría comer así porque mamá sólo me da los pescuezos, las vísceras y otras presas sin importancia. Si me diera una pata seguro que me la comería como papá, porque ya me han salido los dientes y no soporto que me den lo que nadie quiere. Mamá dice que cuando sea capaz de cazar mis propios niños podré comer lo que me dé la gana, así que mañana lo intentaré con ese rubito que juega en la arena, mientras su niñera se morrea con el novio.

LARGA DISTANCIA

HA SONADO EL teléfono de madrugada, a esas horas oscuras donde sólo es posible recibir malas noticias. Mi hermana me dice llorando que ha muerto papá, que todo ha sido muy rápido y que nadie se lo esperaba. Siempre he temido esta llamada porque vivo en un país remoto y sé que no estaré en su entierro y que me costará recordar cómo era su rostro la última vez que nos abrazamos. Mi hermana apenas puede hablar y agrega que gracias a Dios no ha sufrido. ¿Cómo puede saber que no ha sufrido si desde que ha llegado no ha dejado de llorar? Tampoco lo puedo besar.

DÉJÀ VU

LA GENTE DE la mar sabe que existen criaturas siniestras que habitan en los arrecifes y en las profundidades: ojos como perlas, niños escamosos y corazones marinos adheridos a las rocas. Despojos humanos que se niegan a morir y homúnculos abisales que no saben por qué han nacido. Un pescador halla entre sus redes un pez vagamente humano que lo mira suplicante, y decide degollarlo horrorizado. Ya en el puerto, corre a una taberna para disolver en brandy el asombro líquido de aquella aberración, pero descubre con espanto que un hombre vagamente anfibio lo observa resoplando desde la barra. Aquel marinero ignora por qué lo odia y trata de recordar. El pescador que lo decapitó en alta mar lo sabe y nunca podrá olvidarlo.

RESACA

YA NO RECUERDO de quién era el cumpleaños, sólo sé que bebimos y fumamos hasta terminar en el club de alterne de las rumanas. No sé cómo llegué a mi piso ni qué hora sería cuando desperté, pero al levantarme vomité dolorosamente, como si algo animal se resistiera a ser expulsado de mis entrañas. De pronto cayó: era una especie de huevo duro, palpitante y gelatinoso, que se retorció por el suelo con los pelos pringados de vómito. Preso de asco lo envolví en papel higiénico, lo arrojé al retrete y tiré de la cisterna. Ya me había olvidado de aquella cosa hasta que esta mañana entré al baño y algo me penetró por el ano mientras leía distraído.

Escocado y horrorizado, me estrellé contra las paredes, me golpeé el estómago y tragué cosas innombrables hasta provocarme un vómito doloroso y desgarrador.

Después de la última arcada, sentí un fragor de roedores en las tripas. Ahora son dos.

LA SOBERBIA

CUANDO LLEGUÉ ANTE Dios, me fue mostrado todo cuanto merecía por mi vida sencilla y honesta, mas me negué a aceptar el soborno de su Paraíso porque en el último acto soberano de mi inteligencia sólo deseaba repudiarlo. Y le he vencido: ni siquiera me puede condenar al Infierno porque soy el Infierno.

DEL *DICCIONARIO INFERNAL DEL PADRE* PLANCY

«GOMORY: Poderoso duque de los infiernos que toma la forma de una mujer hermosa, con una corona ducal sobre la cabeza y montada en un caballo que jamás pisa el suelo. Con el conjuro del fuego, responde bajo juramento sobre lo presente, pasado y futuro. Descubre tesoros ocultos, revela los sueños y enciende el deseo en el corazón de las casadas. Príncipe de las posesiones, pertenece a la segunda jerarquía, ocupa el cuarto lugar en el orden de los tronos y manda veintiséis legiones y dos mil hordas de íncubos fraguados del semen de los durmientes. 906492489: 0,91 euros minuto».

EL DESEO

«¡PIDE UN DESEO!» —dijo la tía Carmen— y yo pedí que resucitara abuela y soplé las velas. Todos se quedaron callados y mamá comenzó a llorar, porque echa de menos a la abuela y siempre está con los ojos rojos. Mi papá me ha castigado y se ha llevado a mamá al cine para que se ponga tranquila, pero yo también extraño a la abuela porque me contaba cuentos y me preparaba dulces. Por eso pedí el deseo, para que volviera a casa y mamá deje de llorar. Qué contenta se va a poner cuando la encuentre en su cama, toda llena de gusanitos.

PESADILLA

LA SOÑÉ CUANDO tenía cuatro años y nunca he olvidado el horror que me inspiró. Era muy flaca, llena de arrugas y de una blancura enfermiza que recordaba la leche vomitada. Llevaba un vestido de flores mustias, una chompa roja, un pañuelo alrededor de su cabeza sin pelo y unos anteojos negros, negros como las encías de sus dientes. Yo la miraba desde la ventana de casa cuando me descubrió. Quise escaparme y no pude. Cruzó la pista y avanzó hacia mí. Metió la mano huesuda a través de la persiana y yo corrí sin moverme del sitio, como los personajes de los dibujos animados. Tenía los labios pintados de rojo y las uñas larguísimas. Hace años que desperté a gritos y todavía no consigo olvidarla. Ni siquiera esta noche que me revuelvo desvelado en la habitación de un hotel lujoso, a miles de kilómetros de mi ciudad y más bien al final de mi vida. De pronto ha salido del baño y de nuevo extiende su mano hacia mí. ¡Dios mío, no estoy dormido!

Se terminó de imprimir el treinta de abril de dos mil cuatro, día de la Iglesia de Satán, fundada por Anton Szandor La Vey, domador de leones, organillero, pintor, intérprete del diablo en *Rosemary's Baby* y autor de la Biblia Satánica.

Lavs Daemonvm

«Fernando Iwasaki Cauti explora la historia con ojos de artista y creador de ficciones»

MARIO VARGAS LLOSA

«Iwasaki se ha propuesto antes que nada deleitarnos y de paso instruirnos»

GUILLERMO CABRERA INFANTE

«Fernando Iwasaki escribe como si estuviera celebrando espontáneamente un milagro»

JUAN MANUEL DE PRADA

«Fernando Iwasaki está en una posición excelente como narrador: la posición de los escritores que merecen ser leídos, celebrados y recomendados»

JUAN BONILLA

«Iwasaki ha tenido la generosidad de regalarnos una vez más su maestría literaria, su magia verbal, su fino sarcasmo trufado de melancolía y su compromiso indiscutible con la literatura de altos vuelos»

FERNANDO ROYUELA

«Fernando Iwasaki es uno de los pocos escritores latinoamericanos capaces de unir la inteligencia y el humor de maneras tan inesperadas como estimulantes»

JORGE VOLPI

«El estilo de Iwasaki, jocosos y elegante, es un homenaje al hedonismo verbal»

ANDRÉS NEUMAN

«Fernando Iwasaki es uno de los escritores más interesantes que han surgido en el Perú. En sus cuentos la insolencia es una cualidad estética, una forma de rozar la verdad»

ALONSO CUETO

«Fernando Iwasaki es el mejor escritor contemporáneo de Perú, pues aborda la novela, el cuento y el ensayo con igual maestría y agudeza narrativa»

JORGE EDUARDO BENAVIDES